

# SANTA MÓNICA Y SAN AGUSTÍN



## **Santa Mónica**

Madre de San Agustín; año 387.

Mónica significa: "dedicada a la oración y a la vida espiritual".

Patrona de las mujeres casadas y modelo de las madres cristianas.

Fiesta: 27 de agosto.

LA IGLESIA venera a Santa Mónica, santa esposa y santa viuda, que no sólo fue madre natural del famosísimo doctor de la Iglesia, San Agustín, sino también el principal instrumento de Dios para darle la vida de la gracia.

El mismo San Agustín escribe en sus Confesiones: "Ella me engendró sea con su carne para que viniera a la luz del tiempo, sea con su corazón, para que naciera a la luz de la eternidad" Por su parte, San Agustín es la principal fuente sobre la vida de Santa Mónica, en especial sus Confesiones, lib. IX.

Mónica nació en África del Norte, probablemente en Tagaste, a cien kilómetros de Cartago, en el año 332.

Los padres de Mónica eran cristianos, confiaron la educación de la niña a una institutriz muy estricta. No les permitía beber agua entre comidas para así enseñarles a dominar sus deseos. Más tarde Mónica hizo caso omiso de aquel entrenamiento y cuando debía traer vino de la bodega tomaba a escondidas. Cierta día un esclavo que la había visto beber y con quien Mónica tuvo un altercado, la llamó "borracha". La joven sintió tal vergüenza, que no volvió a ceder jamás a la tentación. A lo que parece, desde el día de su bautismo, que tuvo lugar poco después de aquel incidente, llevó una vida ejemplar en todos sentidos.

Cuando llegó a la edad de contraer matrimonio, sus padres la casaron con un ciudadano de Tagaste, llamado Patricio. Era éste un pagano que no carecía de cualidades, pero era de temperamento muy violento y vida disoluta. Mónica le perdonó muchas cosas y lo soportó con la paciencia de un carácter fuerte y bien disciplinado. Por su parte, Patricio, aunque criticaba la piedad de su esposa y su liberalidad para con los pobres, la respetó y, ni en sus peores explosiones de cólera, levantó la mano contra ella.

Mónica explicó su sabiduría sobre la convivencia en el hogar: "Es que cuando mi esposo está de mal genio, yo me esfuerzo por estar de buen genio. Cuando el grita, yo me callo. Y como para pelear se necesitan dos, y yo no acepto la pelea, pues... no peleamos". Esta fórmula se ha hecho célebre en el mundo y ha servido a millones de mujeres para mantener la paz en casa.

Mónica recomendaba a otras mujeres casadas, que se quejaban de la conducta de sus maridos, que cuidasen de dominar la lengua por ser esta causante en

gran parte de los problemas en la casa. Mónica, por su parte, con su ejemplo y oraciones, logró convertir al cristianismo, no sólo a su esposo, sino también a su suegra, mujer de carácter difícil, cuya presencia constante en el hogar de su hijo había dificultado aún más la vida de Mónica. Patricio murió santamente en 371, al año siguiente de su bautismo.

Tres de sus hijos habían sobrevivido, Agustín, Navigio, y Perpetua.

Agustín era extraordinariamente inteligente, por lo que habían decidido darle la mejor educación posible. Pero el carácter caprichoso, egoísta e indolente del joven había hecho sufrir mucho a su madre.

Cuando Agustín volvió a Tagaste, Mónica le cerró las puertas de su casa, durante algún tiempo, para no oír las blasfemias del joven. Pero una consoladora visión que tuvo, la hizo tratar menos severamente a su hijo.

Soñó, en efecto, que se hallaba en el bosque, llorando la caída de Agustín, cuando se le acercó un personaje resplandeciente y le preguntó la causa de su pena. Después de escucharla, le dijo que secase sus lágrimas y añadió: "Tu hijo está contigo". Mónica volvió los ojos hacia el sitio que le señalaba y vio a Agustín a su lado. Cuando Mónica contó a Agustín el sueño, el joven respondió con desenvoltura que Mónica no tenía más que renunciar al cristianismo para estar con él; pero la santa respondió al punto: "No se me dijo que yo estaba contigo, sino que tú estabas conmigo".

Esta hábil respuesta impresionó mucho a Agustín, quien más tarde la consideraba como una inspiración del cielo. La escena que acabamos de narrar, tuvo lugar hacia fines del año 337, es decir, casi nueve años antes de la conversión de Agustín. En todo ese tiempo, Mónica no dejó de orar y llorar por su hijo, de ayunar y velar, de rogar a los miembros del clero que discutiesen con él, por más que éstos le aseguraban que era inútil hacerlo, dadas las disposiciones de Agustín.

Un obispo, que había sido maniqueo, respondió sabiamente a las súplicas de Mónica: "Vuestro hijo está actualmente obstinado en el error, pero ya vendrá la hora de Dios". Como Mónica siguiese insistiendo, el obispo pronunció las famosas palabras: "**Estad tranquila, es imposible que se pierda el hijo de tantas lágrimas**". La respuesta del obispo y el recuerdo de la visión eran el único consuelo de Mónica, pues Agustín no daba la menor señal de arrepentimiento.

En San Ambrosio, por quien sentía la gratitud que se puede imaginar, Mónica encontró a un verdadero padre. Siguió fielmente sus consejos.

Por su parte, San Ambrosio tenía a Mónica en gran estima y no se cansaba de alabarla ante su hijo. Lo mismo en Milán que en Tagaste, Mónica se contaba entre las más devotas cristianas; cuando la reina madre, Justina, empezó a perseguir a San Ambrosio, Mónica fue una de las que hicieron largas vigiliias por la paz del obispo y se mostró pronta a morir por él. Finalmente, en agosto del año 386, llegó el ansiado momento en que Agustín anunció su completa conversión al catolicismo.

El santo ha dejado escrita en sus "confesiones" algunas de las conversaciones espirituales y filosóficas en que pasó el tiempo de su preparación para el bautismo. Mónica tomaba parte en esas conversaciones, en las que demostraba extraordinaria penetración y buen juicio y un conocimiento poco común de la Sagrada Escritura. En la Pascua del año 387, San Ambrosio bautizó a San Agustín y a varios de sus amigos. El grupo decidió partir al África y con ese propósito, los catecúmenos se trasladaron a Ostia, a esperar un barco. Pero ahí se quedaron, porque la vida de Mónica tocaba a su fin, aunque sólo ella lo sabía. Poco antes de su última enfermedad, había dicho a Agustín: "Hijo, ya nada de este mundo me deleita. Ya no sé cuál es mi misión en la tierra ni por qué me deja Dios vivir, pues todas mis esperanzas han sido colmadas. Mi único deseo era vivir hasta verte católico e hijo de Dios. Dios me ha concedido más de lo que yo le había pedido, ahora que has renunciado a la felicidad terrena y te has consagrado a su servicio".

En Ostia se registran los últimos coloquios entre madre e hijo, de los que podemos deducir la gran nobleza de alma de esta incomparable mujer, de no común inteligencia ya que podía intercambiar pensamientos tan elevados con Agustín: "Sucedió, escribe en el capítulo noveno de las Confesiones, que ella y yo nos encontramos solos, apoyados en la ventana, que daba hacia el jardín interno de la casa en donde nos hospedábamos, en Ostia. Hablábamos entre nosotros, con infinita dulzura, olvidando el pasado y lanzándonos hacia el futuro, y buscábamos juntos, en presencia de la verdad, cual sería la eterna vida de los santos, vida que ni ojo vio ni oído oyó, y que nunca penetró en el corazón del hombre".

Lo último que pidió a sus dos hijos fue que no se olvidaran de rezar por el descanso de su alma.. Cinco días más tarde, cayó gravemente enferma. Al cabo de nueve días de sufrimientos, fue a recibir el premio celestial, a los cincuenta y cinco años de edad. Era el año 387.



## Tu amigo Agustín

Sí, yo soy Agustín de Hipona. Me llaman así porque fui obispo de la ciudad de Hipona, al norte de África, que formaba entonces parte del gran imperio romano.

Me representan en las imágenes, cuadros y estampas, con un libro o un corazón en la mano, porque las dos grandes ilusiones de mi vida fueron encontrar la verdad y el amor. Como amigo tuyo, quiero contarte ahora mi vida. Lee con atención.

Nací en el África romana, en una pequeña ciudad que entonces se llamaba TAGASTE y hoy se llama Souk-Ahras (Argelia).

Mi nacimiento fue el día 13 de noviembre del año 354, hace ya mucho tiempo ¿verdad?

Mi familia no era rica, aunque tenía una casa, algunas pequeñas tierras y una viña.

Mi padre se llamaba Patricio y trabajaba en el ayuntamiento de mi pueblo. No era cristiano, pero fue siempre bueno y cariñoso conmigo, preocupándose mucho de que no me faltara nada y de que pudiese estudiar.

Mi madre, en cambio, era una buena cristiana. Tanto que la Iglesia la ha reconocido como santa: Santa Mónica. Desde niños sembró en mi corazón y en el de mis dos hermanos —que se llamaban Navigio y Perpetua— el nombre de Jesús.

Nos quería mucho y nos enseñó a rezar. Yo también la quería mucho, aunque algunas veces no me porté bien con ella y le di algunos disgustos.

Però todo eso te lo seguiré contando después.



## Así fui de niño

De pequeño, yo fui como cualquier niño. Me gustaba jugar, pasarlo bien y tener muchos amigos.

Me ponía triste cuando me castigaban o me regañaban, y también cuando estaba enfermo.

Llegó el tiempo de ir a la escuela de mi pueblo, Tagaste, para aprender a leer y escribir.

La verdad es que me costaba trabajo estudiar, sobre todo la lengua griega, que no me gustaba y me parecía muy difícil.

Yo era inteligente, pero un poco vago, y mis maestros tuvieron a veces que enfadarse conmigo.

Con mis amigos me llevaba bien, aunque cuando jugábamos juntos yo quería ganar siempre, y por eso hacía trampas algunas veces.

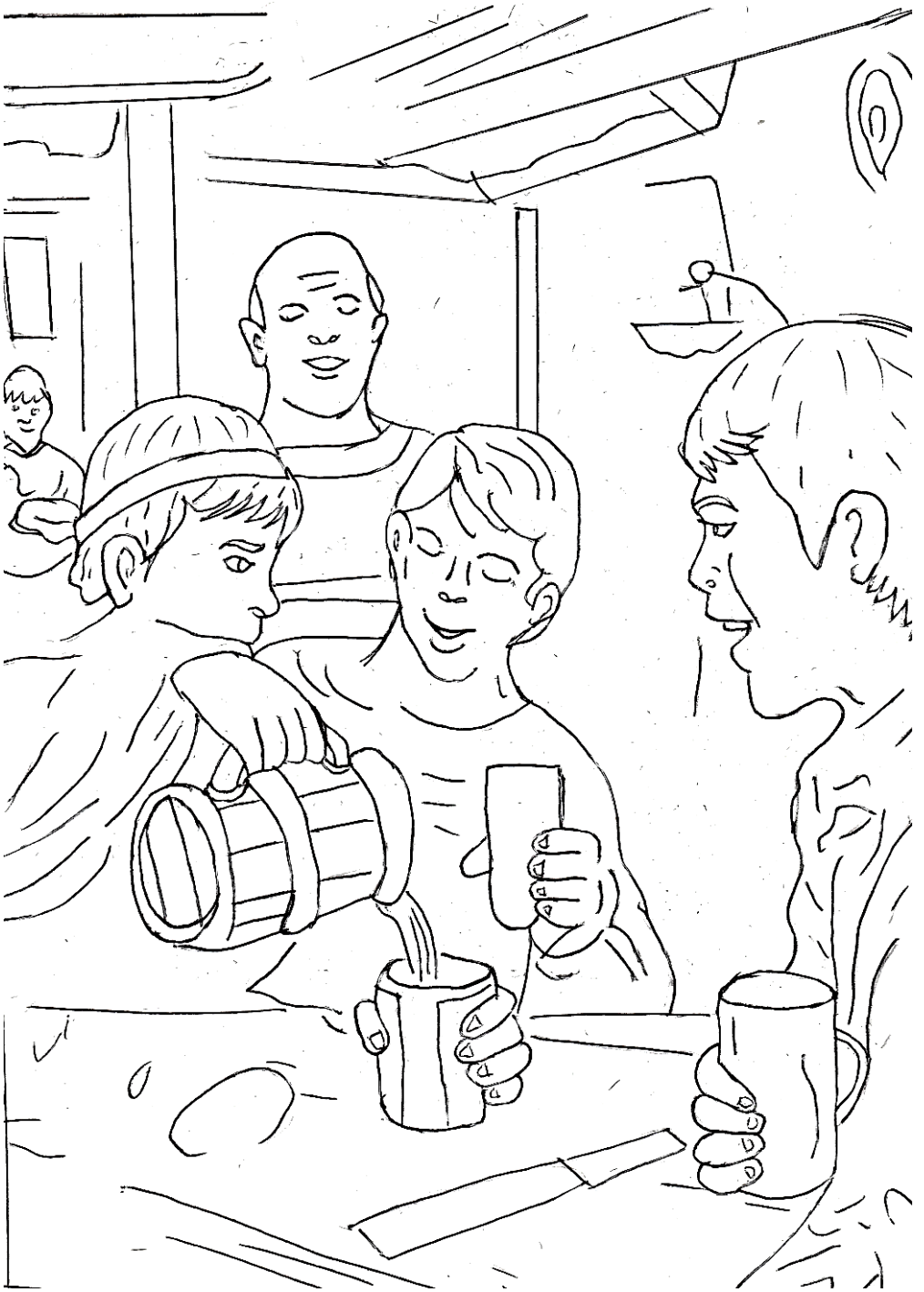
Nos divertíamos mucho, y pasábamos el tiempo entre juegos y travesuras.

Yo procuraba no portarme tan mal, y poco a poco fui creciendo y estudiando un poco más.

También creía en Dios y rezaba, a pesar de que todavía no estaba bautizado.

Cuando yo nací no era costumbre bautizar a los niños pequeños: rezábamos e íbamos a la catequesis, pero el bautismo no se recibía hasta que uno era mayor, como hoy se hace con la primera comunión o la confirmación.





## **Mi juventud**

Terminada la escuela en Tagaste, continué mis estudios en Madaura, una ciudad más grande que estaba cerca de mi pueblo.

Por entonces ya me gustaba estudiar más en serio: soñaba con llegar a ser un buen profesor, un buen abogado o un famoso orador, capaz de escribir bellos libros o de pronunciar hermosos discursos.

Pero para eso necesitaba ir a Cartago, la capital y hacer allí estudios superiores.

No pudo ser el momento, pues los gastos eran demasiados y mis padres no tenían mucho dinero. Así que tuve que regresar a mi pueblo, Tagaste.

Tenía yo dieciséis años, y de nuevo me encontraba en Tagaste, sin nada que hacer y sin poder estudiar.

Quizás por eso, cada día me portaba peor: hacía muchas trastadas con mis amigos y —como ya no podía presumir delante de ellos por mis buenas notas—, me inventaba cosas malas que no había hecho para contárselas y dejarles con la boca abierta.

Por fin, un amigo de mis padres les prestó dinero para que yo pudiera ir a estudiar a Cartago. Lejos de mi casa y de mi familia, empecé a ir por mal camino.

Tenía la cabeza llena de muchas ideas equivocadas, no quería ya saber nada de la Iglesia, y era tan egoísta que pensaba que podía hacer todo lo que me diera la gana.

Me enamoré de una joven y tuve un hijo con ella: los quería mucho, y a mi hijo le llamé Adeodato, que quiere decir "Dado por Dios".

Mi madre sufría y lloraba, viendo mi mala vida. Un día, un obispo la consoló diciéndola: "No se pierde un hijo de tantas lágrimas".



## Siempre busqué la verdad

Tenía ya diecinueve años cuando leí un libro del famoso escritor Cicerón.

Se llamaba "El Hortensio" y me hizo comprender que hay cosas más importantes que pasarlo bien, y que tenemos que aprovechar la vida para buscar la verdad. Eso quería hacer yo, pero no sabía cómo.

Había dejado de leer la Biblia, porque no la entendía bien y me aburría. Entonces caí en manos de unos charlatanes, que hablaban mucho de la verdad pero no decían más que mentiras: los "maniqueos".

En esa secta o religión estuve engañado casi diez años, los mejores de mi juventud. A fuerza de pensar, estudiar y charlar con mis amigos, me di cuenta de que la religión de los maniqueos no era la verdadera y decidí separarme de ellos.

Estaba confundido y desanimado y pensaba que nunca podría yo encontrar la verdad. Pero seguía buscando. Sin decirle nada a mi madre, subí a un barco y me marché a Roma, la capital del Imperio.

Allí trabajé como profesor, y luego en otra ciudad italiana: Milán. Hasta Italia tuvo que ir a buscarme mi pobre madre... En Milán me iban mejor las cosas. Al menos, era ya un poco famoso y tenía más dinero. Pero seguía preocupado y triste: ¡todavía no había encontrado la verdad!

Además, tuve que separarme de mi mujer, que volvió a África. Una vez vi un borracho por la calle, y casi me dio envidia: pensé que, en el fondo, él era más feliz que yo. Tenía tantos problemas y sufrimientos... ¿Dónde estaba la verdad? ¿Por qué si Dios es bueno hay tanto dolor en el mundo?



## Cómo me acerqué a Jesucristo y a la Iglesia

Sin saberlo todavía, yo estaba en las manos de Dios: El me comprendía y me iba llamando poco a poco. Volví a leer la Biblia, y esta vez me gustó más. Hasta me acostumbré a ir a la Iglesia para oír los sermones del obispo de Milán, San Ambrosio, dándome cuenta de que podía ayudarme a resolver mis problemas.

Me hice amigo de un sacerdote que se llamaba Simpliciano. Hablábamos mucho, y me orientaba con cariño. Yo le contaba mis dudas y él me animaba a seguir a Jesucristo por el buen camino.

Así empecé a acercarme otra vez a Jesucristo y a la Iglesia, con gran alegría de mi madre, que seguía rezando por mí.

La verdad es que yo quería ser un buen cristiano, pero me costaba mucho trabajo. Sentía como una lucha dentro de mi corazón y no acababa de decidirme.

Estaba convencido de que podía ya encontrar la verdad que tanto había buscado: estaba en Jesucristo. Pero, ¿podría yo ser un buen cristiano?

En medio de estas dudas mías, vino a verme un amigo, Ponticiano, me contó como en Egipto un hombre llamado Antonio había renunciado a todo — familia, dinero y honores— para irse al desierto y allí dedicarse a la oración y al servicio del Señor.

¿Y yo? ¿Qué sería de mí? ¿Tendría fuerzas para hacer lo mismo? Jesucristo me decía: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Jn 14,6). ¿Qué respondería yo?

Me avergonzaba de no ser tan valiente como Antonio, o como muchos otros hombres y mujeres que se habían decidido a ser cristianos y seguir a Jesús.



## **Mi conversión y Bautismo**

Yo estaba muy emocionado, después de escuchar a Ponticiano.

Tanto que quise quedarme solo,irme al pequeño huerto de mi casa para leer la Biblia y pensar. Me eché a llorar, y seguía preguntándome: ¿por qué no seré yo también capaz de entregar del todo mi vida y mi corazón a Dios...?

De pronto, oí la voz de un niño, como si estuviera cantando en la casa de los vecinos. Decía: TOMA Y LEE, TOMA Y LEE... Abrí la Biblia y leí un consejo de San Pablo a los cristianos: "Os invito a portaros bien.

Nada de comilonas ni borracheras. Nada de riñas ni de envidias. En vez de esto, vivid como Jesús os enseñó y que no os arrastre vuestro egoísmo a hacer el mal" (Rom 13, 13-14).

Estaba seguro, ahora lo veía claro: eso era lo que Dios me pedía. Me sentí convertido, cambiado.

Ya sólo quería ser un buen cristiano, no me importaba lo que antes había deseado tanto: el dinero, el éxito, casarme. Mi decisión era firme: toda mi vida sería para Dios.

Me retiré con mis amigos a una finca, Casiciaco, y me dediqué a prepararme bien —leyendo, rezando, asistiendo a la catequesis— para recibir el bautismo.

Ese día, el más feliz de mi vida, fue el 25 de abril del año 387, la noche de Pascua de Resurrección. Tenía yo 32 años, y conmigo se bautizaron Adeodato, mi hijo, y Alipio, mi mejor amigo.

Ya estaba bautizado, ya era cristiano para siempre, después de tanto tiempo de luchar y buscar la verdad. ¿Puedes imaginarte mi felicidad y la de mi madre, Santa Mónica?





## Al servicio de Dios

Ya no me interesaba más ser profesor, "vendedor de palabras".

Decidí con mis amigos volver a África y dedicarme al servicio de Dios, consagrarme a Él. Quería vivir el cristianismo con toda mi alma, ser —como se dice hoy— monje o religioso.

De paso por Ostia Tiberia (el puerto de Roma), cierto día mi madre y yo —hablando y rezando juntos— nos sentimos muy cerca de Dios, nos quedamos como extasiados. A los pocos días, ella murió.

Tenía 55 años y moría —así me lo dijo— feliz de verme convertido en un buen cristiano. Lloré mucho, recordando lo buena que siempre fue conmigo y cuánto la hice sufrir.

Su cuerpo quedó enterrado allí mismo, pero su recuerdo y su cariño me acompañaron durante toda mi vida. En cuanto llegué a mi pueblo, Tagaste, vendí todo lo que tenía y lo repartí entre los pobres.

Sólo me quedé con una casa para vivir en ella con Alipio, Adeodato y otros amigos que se fueron reuniendo conmigo: Evodio, Nebridio, mi hermano Navigio... Esta fue, en realidad, la primera comunidad de "Agustinos" todo era de todos, juntos leíamos, rezábamos y comentábamos la Biblia.

Queríamos vivir como aquellos primeros cristianos de los que hablan los Hechos de los Apóstoles: tenían una sola alma y un sólo corazón, compartían todos sus bienes, se reunían para la catequesis, la oración y la Eucaristía (Hch 2,42-47: 4,32-35).

¡Qué felicidad poder vivir así por fin, tan cerca de Dios y de mis amigos, sin ninguna otra preocupación! Yo creo que ésta es la mejor manera de ser cristiano y construir la Iglesia.



## Sacerdote y Obispo

Una felicidad tan grande me parecía mentira... y, efectivamente, me duró poco.

El Obispo y los cristianos de Hipona me pidieron que fuese sacerdote: yo no quería, porque me daba miedo tanta responsabilidad, pero tuve que aceptar casi a la fuerza. Nunca se me olvidará aquel día del año 391 (tenía yo 37 años): Había ido a Hipona para invitar a un amigo a que se viniera conmigo al monasterio de Tagaste.

Entré en la catedral, y aquel día el Obispo Valerio —muy anciano ya— habló de la necesidad que sentía de tener un sacerdote que le ayudara, sobre todo para predicar.

Toda la gente empezó a mirarme, y pronto coreaban mi nombre: "¡Agustín sacerdote, Agustín sacerdote!".

Yo decía que no, y lloraba, pero... Así se elegían los sacerdotes en mi tiempo, y así tuve yo que reconocer la voz del Señor que me llamaba para ser sacerdote en su Iglesia.

Yo no podía decir que no al Señor: acepté, y fui ordenado sacerdote poco después.

Desde entonces, dedicaba mucho tiempo a rezar y leer la Palabra de Dios, para poder luego predicar. Cuatro años más tarde, moría el anciano Obispo Valerio y yo era elegido para sucederle.

Fui Obispo de Hipona nada menos que durante 35 largos años de trabajo y servicio.

También Alipio y otros muchos de mis amigos salieron de Tagaste y llegaron a ser obispos o sacerdotes.

Pero siempre intentábamos no vivir solos y seguir compartiendo lo nuestro con un grupo de amigos y sacerdotes. Así fueron naciendo en otros sitios más casas de "agustinos".

## El fin de mi vida terrena

Ser obispo no era para mí un honor, sino una pesada carga. Siempre intenté vivir con sencillez y sin lujos: en la casa, en la ropa, en mis cosas personales... No gastaba mucho para así poder ayudar a los más pobres con mis limosnas. Vivía muy ocupado.

Tenía que hablar con la gente, ayudar y aconsejar a los que tenían problemas, escribir cartas y libros, predicar y dar charlas...

Además, la Iglesia y la sociedad de aquel tiempo estaban pasando por muchas dificultades: había herejes que atacaban a la Iglesia (mis antiguos amigos los maniqueos, y otros como los donatistas y pelagianos) y los pueblos bárbaros invadían el Imperio romano.

Todo eso me ocasionó también a mí muchos problemas, trabajos y viajes.

Mi vida era como una vela encendida que se gastaba para dar luz a los cristianos. Mis fuerzas se iban debilitando. A los 75 años —y mientras los bárbaros sitiaban la ciudad de Hipona—, me puse gravemente enfermo.

En la cama, leía y rezaba los salmos: las oraciones de la Biblia, que yo había mandado escribir en las paredes de mi habitación para tenerlas siempre ante los ojos.

El 28 de agosto —el día que ahora se celebra mi fiesta en la Iglesia: San Agustín—, el Señor me llevó a su lado.

Al morir, mi vida, mis escritos y mis monasterios de agustinos y agustinas, se fueron extendiendo por muchos países, como un perfume penetrante.

También hubo mujeres, entre ellas mi hermana Perpetua, que quisieron vivir en monasterios como yo había enseñado.

## **ORACIÓN A SANTA MÓNICA**

Gloriosa Santa Mónica, modelo de madres. Tu vida la admiramos en los vaivenes de tu hogar y sobre todo, siguiendo a tu hijo Agustín. Supiste atraer a tu esposo hacia Dios e igualmente a aquel hijo que había perdido la fe. Le seguías llamándole, orando, llorando... Consíguenos que comprendamos el papel sagrado de las madres y su influencia en el hogar. Confiamos nuestra familia a tu protección. Amen.

## **ORACIÓN DE ESPOSA Y MADRE**

Querida Santa Mónica, esposa y madre preocupada, muchas tristezas se clavaron en tu corazón durante tu vida. Sin embargo, nunca te desesperaste o perdiste la fe. Con confianza, persistencia y profunda fe rezaste diariamente por la conversión de tu amado esposo, Patricio, y tu amado hijo, Agustín. Concédeme la misma fortaleza, paciencia y confianza en el Señor. Intercede por mí, querida Santa Mónica, para que Dios pueda escuchar favorablemente mi súplica (mencione aquí su petición) y me conceda la gracia de aceptar su voluntad en todas las cosas, por medio de Jesucristo, nuestro Señor, en la unidad del Espíritu Santo, un solo Dios por los siglos de los siglos. Amén.

## **ORACIÓN PARA PEDIR POR LOS HIJOS**

A ti recurro por ayuda e instrucciones, Santa Mónica, maravillosa ejemplo de firme oración por los niños. En tus amorosos brazos yo deposito mi hijo(a) (mencionar aquí los nombres), para que por medio de tu poderosa intercesión puedan alcanzar una genuina conversión a Cristo Nuestro Señor. A ti también apelo, madre de las madres, para que pidas a nuestro Señor me conceda el mismo espíritu de oración incesante que a ti te concedió. Todo esto te lo pido por medio del mismo Cristo Nuestro Señor. Amén.

## **PARA PEDIR POR LA PAZ EN LA FAMILIA**

Oh santa Mónica, que por medio de tu paciencia y plegarias obtuviste de Dios la conversión de tu marido y la gracia de vivir en paz con él; obtén para nosotros, te suplicamos, la bendición de Dios omnipotente, para que la verdadera armonía y paz reinen en nuestras casas, y que todos los miembros de nuestras familias puedan alcanzar la vida eterna. Amén.

## **POR LAS MADRES**

Madre ejemplar del gran Agustín, durante 30 años perseguiste de modo perseverante a tu hijo rebelde con amor, afección, perdón, consejo y rezos que clamaban al cielo. Intercede por todas las madres en este nuestro día para que puedan aprender a conducir a sus hijos a Dios y su Santa Iglesia. Enséñalas cómo permanecer cerca de sus hijos, incluso de aquellos hijos e hijas pródigos que tristemente se han extraviado. Amén

### **ORACIÓN DE SÚPLICA**

¡Oh gloriosa Santa Mónica, espejo de esposas, modelo de madres, consuelo de viudas, mujer admirable, a quien Dios infundió el espíritu de oración y concedió aquel don de lágrimas con que supiste hacer violencia al Dios de las misericordias para que se compadeciera de tus gemidos, escuchara tus plegarias y te conceda el fin de todos tus deseos! A tus pies venimos hoy, las que sufrimos y lloramos en los tristes caminos de la vida, a suplicarte que nos alcances el espíritu de oración que tuviste y la compunción que merecen nuestras culpas, para que, derramando con humildad nuestro corazón ante el Dios de toda piedad y misericordia, alcancemos la gracia de vivir la santa vida que viviste en la tierra, y merezcamos la gloria que gozas ahora en el cielo, en compañía de nuestros padres, esposos e hijos, y de todos los que por la sangre y el afecto nos pertenecen y son en Jesucristo, Señor nuestro, amados y queridos de nuestro corazón. Amén.

### **ORACIÓN DE SÚPLICA**

¡Gloriosísima y bienaventurada Santa Mónica, grande en la paciencia, magnánima en la esperanza y dichosa en el triunfo, mujer sabia y prudente, que supiste edificar tu casa y en ella resplandeciste como el sol cuando amanece en las alturas del cielo, y en todo fuiste ejemplo esclarecido de mujer cristiana! Ahora, que estás ya en la «tierra de los que viven para siempre», «donde no hay llantos, ni gemidos, ni dolor alguno», acuérdate de las que todavía gemimos y lloramos en el valle donde tú gemías y llorabas, e intercede ante el Señor para que tenga compasión de tantas madres y esposas en sus tribulaciones y trabajos, y para que recoja nuestros gemidos y escuche nuestras plegarias, y nos conceda, como a ti, el fin de todos nuestros deseos, y merezcamos, un día, reinar y descansar en la gloria como tú, rodeadas de todos los seres queridos de nuestro corazón, y bendecir, así, contigo las eternas misericordias del Señor por los siglos de los siglos. Amén.

## ORACIÓN DE SAN AGUSTÍN

Peregrino y enfermo, vuelvo a Ti, Dios mío, cansado de peregrinar fuera de Ti, y agobiado por el grave peso de mis males. Lo he visto; lo he experimentado: lejos de Ti no hay abrigo, ni hartura, ni descanso, ni bien alguno que sacie los deseos del alma que creaste.

Ábreme las deseadas puertas de tu casa; perdóname; recíbeme; sáname de todas mis enfermedades; úngeme con el óleo de tu gracia, y dame el ósculo de paz que prometiste al pecador contrito y humillado.

¿A quién, sino a Ti, clamaré, desde el profundo abismo de mis males, oh Dios mío y Misericordia mía?

Como el ciervo herido desea la corriente de las aguas, así mi alma corre a Ti, sedienta de tu amor, y desea tu rostro amabilísimo.

¡Oh Verdad! ¡Oh Belleza infinitamente amable de Dios! ¡Cuán tarde te amé!, ¡cuán tarde te conocí! y ¡cuán desdichado fue el tiempo en que no te amé ni conocí!

Mis delitos me han envejecido; mis culpas me han afeado; mis iniquidades han sobrepujado, como las olas del mar, por encima de mi cabeza. ¡Quién me diera, Dios mío, un amor infinito para amarte, y un dolor infinito para arrepentirme del tiempo en que no te amé como debía!

Más, al fin, te amo y te conozco, Bien sumo y Verdad suma, y con la luz que Tú me das me conozco y me aborrezco, pues yo he sido el principio y la causa toda de mis males.

¡Conózcate yo, Dios mío, de modo que te ame y no te pierda!

¡Conózcame a mí, de suerte que sepa aborrecerme y no me busque vanamente en cosa alguna!

¡Amete yo, mi Dios, y suma Riqueza de mi alma, de modo que merezca poseerte! ¡Y aborrézcame a mí de modo tal que me vea libre de la gran miseria de mí mismo!

¡Muera yo a mí, que soy causa de mi muerte, para no morir con muerte sempiterna! ¡Y viva yo para Ti, Dios mío y Vida mía, de modo que Tú seas mi verdadera vida y mi salud perfecta para siempre! Amén.

San Agustín ruega por nosotros.